P. Coloma

PILATILLO

PILATILLO

ANT
XIX
1270/5
7000
R.41.966
BIBLIOTECA Granada DE ANDALUCIA

PILATILLO

POR

EL P. LUIS COLOMA

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS

ILUSTRADO

POR

D. PACIANO ROSS

Pilatus autem volens populo satisfacere... ...tradidit Jesum...
Y Pilato, queriendo contentar al pueblo... ...entregó á Jesus.
(San Marcos, cap. XV, 15).

ADMINISTRACION
DEL «MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS»
PLAZUELA DE SANTIAGO, 1, BILBAO

1886

ES PROPIEDAD

Imprenta del Corazon de Jesus, Muelle de Marzana, 1.

A LOS ALUMNOS

DEL COLEGIO DE

NUESTRA SEÑORA DE LA ANTIGUA

EN LA CIUDAD DE ORDUÑA

CUANDO por mi mala salud y mi mucha ventura quiso Dios traerme á este Colegio de Orduña, era uno de mis mayores entretenimientos veros jugar á las horas de recreo. Dábame esto cierto desasosegado consuelo, semejante al inquieto gozo de quien teme perder el bien que disfruta: aquella pura alegría vuestra que tan simpático eco encuentra en el alma, aquella sencilla plenitud de dicha que nada busca más allá de las tapias del Colegio, revelan en vosotros, como en ninguna otra parte he visto, esa santa *infancia del corazon* que garantiza al jóven una edad madura llena de virilidad, y una honrada vejez exenta de remordimientos. Pero detras de este lisonjero *hoy* veia yo un *mañana* in-

cierto; y la facultad de prever que es de las más bellas y de las más tristes que tiene el hombre, hacíame pensar en vuestro futuro á la vista de vuestro presente... Parecíame entónces que por detras de esas montañas que limitan á Vizcaya, veia adelantarse, como una avanzada de los vicios, la sombra del *Respeto humano*, primer fantasma que se os presentará en el mundo; aterrador espantajo de jóvenes, gran vencedor de cobardes, que huye ante los que le hacen frente, y subyuga y encadena á los que ante él tiemblan: veia su negra mano revolverse entre vosotros como la garra de un gavilan en un nido de pájaros: veia que á ninguno podia pillar por esas blusas tan largas, recuerdo del niño; veia que atrapaba á muchos por esos bigotes tan cortos, preludio del hombre!...

Acordábame entónces de cierto Gabriel, colegial en un tiempo, como hoy vosotros, y para vuestro solaz y provecho, quise escribiros una página de su historia. Leedla y meditadla; y cuando os veais en circunstancias análogas, que no tardarán en presentarse, acordaos de cuán fácil es caer... ¡Acordaos de cuán fácil es levantarse!

Sé que amareis á Gabriel no bien le

conozcais, y por eso quiero dejaros aqui otro recuerdo suyo que os será de provecho. Conservaba él en un libro lujosamente encuadernado, todas las cartas que le habia escrito su buena y discreta madre. Al frente de este pequeño monumento de maternal ternura y exquisita prudencia, otra persona que amaba mucho á Gabriel y cuidó de su educacion en cierto tiempo, habia escrito algunas páginas, de las cuales extracto lo siguiente, para que lo tengais por dicho á vosotros, cuando por última vez salgais de este Colegio, dejando esa blusa que os ha salvado, y llevando esos bigotes que han de comprometeros.

. . . . . .

«Hoy nos vamos á separar para siempre, y puedo decirte lo que de Jesucristo dice el Evangelio.—*In finem dilexit eos.* —*Los amó hasta el fin.*—Conozco tu carácter porque lo he estudiado muy despacio: conozco tambien la sociedad en que has de brillar, porque en esa misma sociedad me eduqué yo y en ella viví hasta que supe despreciarla. Por eso he procurado con todas mis fuerzas grabar en tu corazon tres grandes principios que no has de olvidar nunca, si quieres ser en el mundo

lo que Dios exige de tí: digno hijo de tus padres, representante de una casa ilustre, y fiel caballero cristiano. Para ello, hijo mio muy querido, conserva siempre el santo temor de Dios: fomenta de contínuo en tu corazon el amor de la familia: guíate siempre por el sentimiento del honor.

»En estas cartas de tu madre encontrarás máximas saludables que te lleven por ese camino. Por eso he querido que las colecciones y las guardes: para que en todas las épocas de tu vida encuentres en su lectura, y la bendigas, la mano que te guió en tu infancia, en tu juventud y quién sabe si tambien en tu edad madura. No sabes todavía lo que vale una madre, ni lo comprenderás tampoco hasta el dia en que la pierdas. ¡Triste prerogativa de la flaqueza humana, que no acierta á comprender el valor de lo que posee hasta que lo llora perdido!

»Es probable, pobre hijo mio, que seas en este mundo adulado y aplaudido; y esta consideracion me apena el alma en el momento de dejarte. La adulacion es un veneno delicioso, que trastorna poco á poco la razon del que lo gusta, y concluye por volverle al fin necio, si es vano; loco, si es

soberbio. Vuelve entónces los ojos á estas cartas, y oye en ellas la verdad de boca de tu madre: lee tambien estas líneas, último testimonio de mi cariño, y puede que aprendas en este libro, lo que dijo el Kempis para desengaño de los que ensalzan y consuelo de los que calumnian.—*No porque te alaben eres mejor, ni tampoco más vil porque te vituperen.*— Conócete á ti mismo, Gabriel, y sabrás conocer á los hombres.

»Otra vez te lo digo, hijo mio: conserva el temor de Dios, y huirá de tí la duda que devasta el alma. ¿A dónde volveras los ojos cuando empieces á sufrir, si no guardas en tu corazon la fe de tus padres? Porque cree, Gabriel, que si la fe no fuera la primera de las virtudes, seria el mayor de los consuelos. No enseñan los filósofos á llorar: sólo la Religion endulza el llanto, y enseña á gozar entre lágrimas.

»Fomenta en tu corazon el santo amor de la familia, y su dulce ternura, su santa pureza, (entiéndelo bien, hijo mio), *su santa pureza*, te enseñarán á comprender esta verdad, que te pido por amor de Nuestro Señor Jesucristo que grabes bien en tu alma. En la vida del hombre, hijo mio,

sólo dos mujeres tienen cabida legítima: su madre y la madre de sus hijos. Fuera de estos dos amores puros y santos, son los demas divagaciones peligrosas ó culpables extravíos.

»Guíate siempre por el sentimiento del honor, que es un hijo humano de la moral divina del Evangelio. Nobleza obliga, y obliga de tal modo, que sólo consiste en obrar como caballero el serlo. Decia un padre noble á un hijo embustero:

> ...si honor puede ganar
> Quien nació sin el, ¿no es cierto
> Que por el contrario puede
> Quien con él nació, perdello?

El honor es como el cristal, Gabriel: el menor soplo lo empaña. Manten el tuyo ileso aun á costa de la felicidad y la vida: que en estos combates llaman al muerto vencedor, y al matador vencido; y ménos hieren el pecho de un noble los dolores, que la deshonra.

»Conserva, hijo mio, mis palabras en tu corazon, y no las tengas en poco porque salen de labios humildes. Dijo un poeta antiguo:

> Non vale el azor ménos
> Por nascer en vil nio,
> Nin los enxiemplos buenos
> Por los decir judío.

»Y ahora, hijo mio muy querido, quédate con Dios y él te bendiga, como yo le pediré todos los dias. Si en algo te ofendí, perdóname; y mientras seas feliz, olvídame; pero cuando te llegue la hora de sufrir, hijo mio queridísimo, acuérdate entónces de mí, y encontrarás un amigo que en nombre de Dios te espera siempre con los brazos y el corazon abiertos.»

Aquí acababa el manuscrito y habia por debajo de él una firma. Vosotros podeis sustituirla con cualquiera otra: desde la de vuestro Padre Rector, que es la primera de esta casa, hasta la última entre todas ellas, que es la de vuestro afectísimo en Cristo.

LUIS COLOMA, S. J.

Orduña, viérnes de Dolores, 16 abril de 1886.

I

¡QUÉ guapo era Gabriel!.. En pié delante de su espejo se abria la raya con un peine de concha, afanándose por amoldar aquel bosque de cabellos rubios, algo ásperos, que se levantaban sobre su frente, formando esos artísticos remolinos, con que el gusto pagano de los griegos coronaba las estatuas de sus Adónis y sus Apolos. Vano era su intento: la naturaleza vencia siempre al arte, y aquellos rizos rebeldes se levantaban y se volvian á encrespar, como empeñados en formar un cojin al invisible *cántaro de la lechera*, que se posaba sobre aquella frente de diez y seis años, tan tersa como si jamas la hubiera cruzado un recuerdo triste; tan

pura como si nunca la hubiese turbado la sombra de un remordimiento... ¡Pobre Gabriel!... ¡qué guapo era!...

¡Qué alegre la expresion de sus rojos labios, que se abrian para sonreir á todo el mundo, como si no supiesen pronunciar otra palabra que la de hermano, ni otro nombre que el de madre! ¡Qué pura la mirada de sus grandes ojos pardos, que se abrian de par en par como las puertas de un templo, dejando ver, como aquel su santuario, su alma inocente, cándida, que aun no descubria las espinas en las flores, ni en el disco del sol las manchas!... ¡Pobre Gabriel!... ¡qué guapo era!...

Triunfó al fin la naturaleza sobre el arte, y con un gesto de impaciencia arrojó Gabriel sobre el mármol de su lavabo, el peine de concha: atusóse con ambas manos los conatos de bigote que ya comenzaban á brotarle...; echóse á reir, dió un salto, y pasó á otro asunto serio, importante, trascendental: iba á ponerse la corbata... ¡Y qué corbata! De manifiesto se veia sobre la cama aquella prenda aun sin estrenar, de finísimo raso azul celeste, con pequeños lunares blancos. Gabriel la tomó con cariño, con respeto, con veneracion casi, y pasándola en torno de su cuello, se dispuso á formar el lazo... ¡Le gustaba tanto aquella corbata, que tenia los colores de la Inmaculada, y era regalo de su madre!...

Pronto quedó hecho el lazo, con esa soltura, ese *chic* inimitable, propio de la elegancia natural, de la elegancia genuina, que llama un autor, la nobleza de la gracia. Gabriel se contempló

en el espejo, y quedó satisfecho: los picos algo doblados del cuello dejaban ver la morbidez viril de su garganta, y hacia resaltar su blancura el raso azul de la corbata.

—¡Si me viera mi madre!—pensó, ruborizándose sin saber por qué se ruborizaba, diria ¡qué guapo!... Y si me vieran los chicos del Colegio, dirian tambien ¡qué elegante!...

Y sin que su amor propio le sugiriese por entónces otras ideas, ni le despertase tampoco otras aspiraciones, Gabriel giró sobre un pié, y se puso el chaleco cantando:

¡Oh María, Madre mia!
¡Oh consuelo del mortal! etc., etc.

¡Era tan feliz!... Graduado ya de bachiller, se veia al fin estudiante en la Universidad, libre en la populosa Sevilla, dueño absoluto de un aposento en una casa de huéspedes, propietario exclusivo de un capital de veinte y cinco duros, señor de todos los fantásticos limbos de la adolescencia, rey de todas las ilusiones de color de rosa, conquistador de todos los horizontes dorados, y libre... libre sobre todo, para salir cuando quisiera y entrar cuando fuere su gusto; para detenerse en todos los escaparates de la calle de las Sierpes, para tomar sorbetes en el Suizo todas las noches, para caracolear en un caballo alquilado camino de *las Delicias*, para pasear en barca de Triana á San Juan de Aznalfarache, para asistir á las funciones de la Catedral, á las paradas de la Guarnicion, y—¡oh dicha incomparable!—á las corridas de to-

ros... Y los deseos de Gabriel se elevaban, como el águila libre ya de sus cadenas, describiendo círculos inmensos en aquellas azuladas llanuras de su imaginacion, sin sospechar ningun *más allá* oculto, que pudiera echar por tierra el lema de su independencia.—*¡Libertad sin temor: goces sin remordimiento!*—Porque todo aquel inmenso cúmulo de placeres, todo aquel mar sin límites de goces, habia Gabriel de disfrutarlo, sin la menor ofensa de Dios, cuyo santo temor creia sentir más vivo que nunca dentro del pecho; sin el más mínimo disgusto de su madre, cuya dicha era por repercusion su propia dicha; sin desdecir en nada del decoro de su nombre, tan honrado por él mismo con notas de sobresaliente, con premios de buena conducta, con la misma corona imperial, que por eleccion unánime habia adornado sus sienes, durante los seis años de su permanencia en el Colegio de los Jesuitas... ¡Imposible era que la Universidad trocase en *Augústulo*, al Gabriel que tantas veces habian proclamado los Padres del Colegio, con el glorioso nombre de *Augusto!*

¡Con qué gratitud tan profunda recordaba Gabriel á aquellos buenos Padres, que tanto le habian amado y tanto bien habian hecho á su alma! ¡Con qué buena voluntad habia compartido su tiempo, segun las instrucciones de ellos recibidas, entre sus estudios, sus ejercicios de piedad y sus horas de recreo y esparcimiento! ¡Con qué candorosa sencillez decia todas las noches, al arrodillarse ante la imágen de la Inmaculada, cuyo congregante habia sido, y era y esperaba ser hasta la muerte!

—¿Lo ves, Madre mia, como soy bueno,... y el P. Velasco se equivoca?...

Porque habia en el Colegio un P. Velasco, un pícaro P. Velasco, que era para las ilusiones de

Gabriel, la sombra que marca los negros contornos del desengaño; la voz del esclavo que repetia sin cesar al triunfador romano, en medio de su triunfo: ¡Acuérdate de que eres mortal...

Llamóle un dia á su cuarto, como Padre Espiritual que era del Colegio, y poniéndole una mano en el hombro, le dijo con cariñosa tristeza:

—¡Gabriel!... eres bueno y dócil...

Y la hermosa frente de Gabriel se levantó erguida, cubierta con aquella púrpura que debió de enrojecer la de Luzbel, la primera vez que se complació en sí mismo. Mas el P. Velasco no habia concluido.

—Pero tu bondad,—prosiguió, es soberbia, y tu docilidad, débil... Tu soberbia te pondrá en el peligro, y tu flaqueza te hará caer en él... Huye de los malos amigos, hijo mio; porque el *respeto humano*, será tu ruina... ¡Gabriel, acuérdate de Poncio Pilato!...

Y Gabriel bajó la frente enrojecida esta vez, con aquella otra púrpura que debió de agolparse al rostro del Angel soberbio, al ver adivinados sus pensamientos. Mordióse los labios hasta hacerse sangre, y salió del cuarto del P. Velasco, con el firme propósito de no volver nunca. Mas el Padre le perseguia por donde quiera, y jamas pasaba á su lado sin decirle al oido:

—¡Pilatillo!... ¡Acuérdate de Pilato!...

Irritado un dia Gabriel le respondió bruscamente, faltándole al respeto. El P. Velasco se metió las manos en las mangas, lo miró de hito en hito, y siguió su camino sin decir palabra. Parecióle á Gabriel que llevaba los ojos llenos de lágrimas, y dió dos pasos para detenerle y pedirle perdon: contúvole, sin embargo, el amor propio herido, que cual un ácido sutil penetraba en su corazon, ahogando sus buenos impulsos.

—¡No... caramba!—murmuró, dando una patada en el suelo. ¡Así verá que Pilatillo sabe ser firme!

Aquella noche no podia Gabriel conciliar el sueño. Poco á poco fueron apagando las luces del dormitorio, quedando al fin alumbrado solamente por algunas lámparas medio apagadas, á cuya vaga luz le parecia distinguir, cobijando aquel extenso recinto, las blancas alas del Angel del pudor, que con un dedo sobre los labios, imponia á la maldad silencio... De repente oyó abrir con precaucion la puerta de su camarilla, y entornó los ojos para fingir que dormia: vió entónces una sombra que se inclinaba sobre él; sintió primero que le arropaban cuidadosamente en el lecho; sintió despues que una mano hacia sobre su frente la señal de la cruz... Gabriel entreabió entónces los ojos, y vió al P. Velasco á su cabecera...

Un sollozo inmenso le subió del corazon á la garganta, y quiso arrojarse á sus piés y pedirle perdon. Mas la soberbia le encadenó de nuevo, cual un grillo de hierro, y volviendo á cerrar los ojos, fingió que dormia. El P. Velasco se alejó suspirando.

Desde entónces jamas volvió el prudente religioso á llamar á Gabriel Pilatillo. Avergonzado éste por su parte, evitaba su presencia, y sólo el dia en que iba á dejar el Colegio para siempre, se atrevió á presentarse en su aposento. El P. Velasco le recibió con aquella afabilidad á la vez grave y dulce que le caracterizaba: dióle cariñosamente el abrazo de despedida, y le entregó, como recuerdo suyo, una gran foto-

grafía envuelta en un sobre, y sin duda preparada de antemano.

Gabriel rompió el sobre no bien salió del aposento, y vió entónces una magnífica reproduccion del gran cuadro del Ticiano, que representa á Pilato entregando á Jesucristo al pueblo deicida. Por debajo del procónsul romano, habia escrito el P. Velasco: *¡Ecce Homo!...*

Gabriel sintió un movimiento de ira que le turbaba la vista: rasgó en dos pedazos la fotografía, y fué á tirarla por un balcon abierto... Mas se detuvo en el acto: iba en ella la imágen de Nuestro Señor, y hubiera creido profanarla...

II

GABRIEL miró el precioso reloj de oro que le habia regalado su abuela el dia en que fué á mostrarle su diploma de bachiller, y vió que marcaba las cinco y media.

—¡Caramba!—exclamó haciendo una pirueta.

Y tomando el sombrero y el lindo *róten* con puño de hierro trabajado en Elgoibar, que habia comprado la víspera, se lanzó á la puerta, tirando estocadas al aire, para probar la flexibilidad de la caña.

Detúvose en la mitad de la escalera, dióse una palmada en la frente, y volvió á subir de dos en dos y de tres en tres los escalones... Habíansele olvidado dos cosas: la peseta en cuartos que para socorrer á los pobres llevaba siempre, y tomar agua bendita en la concha de nacar que pendia á la cabecera de su cama.

Era el 27 de mayo, víspera de la Ascension, y Gabriel iba, como todas las tardes, al Sagrario de la Catedral, donde celebraban las *Flores de Mayo;* poético nombre que en algunas partes suele darse á los solemnes cultos tributados á la Vírgen sin mancilla, durante ese mes que llaman por excelencia el *Mes de María.*

Pero ántes de dirigirse á la Catedral, quiso Gabriel dar un par de vueltas por la calle de las Sierpes, jardin de sus delicias, más agradable á sus ojos que los laberintos de Hyde-Park, el bosque de Boulogne ó los jardines colgantes de Babilonia. Y no era lo que atraia á Gabriel hácia aquel gran centro del movimiento y del comercio sevillano, la contínua muchedumbre de gente que dia y noche afluye á la famosa calle por todas sus transversales, como por todas las arterias refluye al corazon la sangre; ni el fresco y perfumado ambiente que mantienen allí en el verano los toldos que dan sombra al transeunte, y los puestos de flores y macetas que por todos los rincones se encuentran, em-

balsamando la atmósfera. Lo que atraia la atencion de Gabriel, lo que formaba el mayor de sus entretenimientos, y le hacia cruzar la calle cien veces de arriba abajo, eran... los escaparates de las tiendas. Aquellos inmensos mostruarios de todo lo supérfluo, porque lo necesario no necesita exhibirse; aquellos brillantes reclamos dirigidos al bolsillo, por el lujo, la vanidad, el vicio mismo, absorbian la atencion de Gabriel horas y horas, y no faltaba dia sin que inspeccionase todos aquellos tesoros de la industria y del arte, que se le figuraban de su propiedad exclusiva, y puestos allí únicamente para su sencilla diversion y honesto entretenimiento.

Mil veces habia ya escogido, desechado y vuelto á elegir los regalos que por vacaciones pensaba llevar á su madre, á sus hermanos, á su abuela, á los criados mismos; y aquella tarde, en la tienda esquina á la calle de Gallegos, donde es fama que tuvo la suya de belones, el famoso sevillano D. Manolito Gazquez, honra y prez de los embusteros andaluces, acababa de encontrar un objeto que le habia hecho prorrumpir en exclamaciones de admiracion y gestos de entusiasmo. Era un muñeco de movimiento, en que el artista habia querido personificar las pavorosas creaciones del *Bú, el cancon, el coco, el carlanco,* y demas auxiliares de madres y nodrizas, que llenan las imaginaciones de los niños. Representaba á un viejo de fisonomía espantosa, enormes espejuelos y capacidad torácica inconmensurable, sentado en una butaca: entre sus piernas abiertas sostenia un saco lleno de niños blancos y rubios, que por

un oculto mecanismo iba pinchando con un tenedor enorme que en su diestra tenia, y abriendo horriblemente la boca, se los tragaba uno á uno, para arrojarlos despues por debajo de la butaca. Gabriel se desternillaba de risa, cada vez que algun mofletudo *bebé*, desaparecia por la boca del muñeco, y pensando en el gozo inmenso que podria proporcionar á Luis, el más pequeño de sus hermanitos, si le regalaba aquella maravilla, se dispuso á entrar en la tienda, para adquirir el juguete á cualquier precio, por exorbitante que fuera. Pero en el mismo momento, una mano se apoyó en su hombro, y una voz alegre, á la vez que bronca, exclamó entre dos ternos mondos y lirondos como los chinarros de un arroyo:

—¡Jinojo, Gabriel!.. ¿Tú en Sevilla, canastos?..

Gabriel se volvió rojo como una amapola, con las cejas enarcadas y la boca abierta, y vió junto al suyo el rostro de un mozalbete que le abrazaba, moreno, con patillas de *boca de hacha*, peinado el pelo en forma de *chuletas*, atrás el sombrero, y un chicote apagado en los labios. Por el rostro parecia un jitano, por el traje un señorito cursi, y por todo su continente uno de esos estudiantes que se matriculan en la Universidad, y siguen el curso con un pié en el café y otro en la taberna.

—¡Ola García!—dijo al fin Gabriel con su cándida sonrisa, procurando zafarse de aquellos brazos que le estrechaban con riesgo de hundirle una costilla. Pero García tenia en cuenta aquello de tanto te quiero como te aprieto, y siguió zamarreando á Gabriel con grande alborozo, dándole puñadas en la espalda, y gritando en estilo algo más enérgico del que en sus labios ponemos.

—¡Qué sorpresa, jinojo!...—¿Pero cuándo has venido, tunante?...

—Desde primeros de mes estoy en Sevilla,—contestó Gabriel, poniendo ambas manos en los hombros de García, por ver si lograba despegárselo en parte.

—¿Y qué, canastos, vienes á hacer en Sevilla, jinojo?...

—Pues á examinarme,—contestó Gabriel. He estudiado privadamente en casa, y vine á cursar en la Universidad el mes de mayo, hasta que llegue el exámen.

—¡Bien, jinojo!... ¡Caramba, Gabrielillo, cuánto me alegro de verte!... ¿Pero dónde demonios

te metes, que hasta ahora no te he visto el pelo, canastos?...

—Pues en la Universidad, y en paseo, y en casa, y en la calle, y...

Gabriel iba á decir inocentemente que en la iglesia, pero una tosecilla inesperada le cortó la palabra, y poniéndose un poco colorado, preguntó:

—¿Tú no vas á la Universidad?... Nunca te he visto...

—Por el motin de enero estuve dos dias, por ver si le rompia el hocico al cara de mona del catedrático que me colgó dos veces.

Gabriel abrió espantado los ojos, y no ocurriéndosele otra cosa que decir, dijo:

—¡Qué cosas tienes!...

—¡Pues asi soy yo, jinojo!... A dinero me ganará cualquiera, pero á bruto no me gana nadie, y el que me la hace, me la paga...—¡Qué canastos!—hay que saber vivir, y aqui se pasa bien si uno lo entiende... Ya verás, charrán (añadió volviendo á darle puñadas); ya verás cómo yo te adiestro, y te diviertes en cuanto tomes terreno con tres ó cuatro *barbianes*... ¿Dónde ibas ahora, tunante?...

Gabriel se puso de nuevo colorado como un tomate, y mirando á todas partes, como quien busca la huida, dijo:

—¡Psche!... á ninguna parte... Hacia hora, para irme á estudiar...

—¡Deja que los libros se vayan al cuerno, canastos!—contestó García pasándole el brazo por el cuello.... Anda, vente conmigo á Tabladas, á ver el ganado de mañana.

—¿Pero hay mañana toros?—preguntó Gabriel.

—¿Pues dónde vives tú, jinojo?... Lagartijo y Frascuelo matan, y los toros son de Saltillo... Anda, vámonos á Tabladas...

Y al decir esto, arrastraba á Gabriel, medio sofocado por su brazo, hácia la plaza de San Francisco.

—¡No puedo, hombre... no puedo!...—decia Gabriel procurando zafarse, tengo que estudiar...

—¡Déjate de libros, canastos!...—que ya estudiaron bastante Justiniano y Triboniano para jorobar al prójimo... ¡Que no los mataran las viruelas cuando chiquitos!... Anda, jinojo, vamos; que á las ocho estaremos de vuelta.

Gabriel habia logrado por fin desasirse de su amigo, y en ademan de marcharse, decia brotándole fuego la cara, y casi lágrimas los ojos:

—No puedo, hombre, no puedo... Te digo que no puedo.

—Pero jinojo,—exclamó García deteniéndole por los faldones de la levita. ¿Tienes miedo de que te enganche un bicho por el *futraque*... ó es que tienes á ménos venir conmigo?...

—¡No, hombre, no!—exclamó Gabriel cada vez más apurado. Si lo tomas por ahí, me obligarás á que vaya.

—¡Pues claro está que por ahí lo tomo, canastos!... Cuando así se desaira á un amigo, ¡jinojo! por algo se hace ¡canastos!...

—¡Pues si has de tomarlo á desaire, vamos allá!—dijo Gabriel bajando la cabeza.

Y mohino, contrariado, furioso consigo mismo y tambien con García, siguió á éste, soste-

niendo en su interior uno de esos diálogos que tan á menudo entabla la pasion, con esa otra voz misteriosa que suena dentro del hombre, tan clara, tan inflexible, tan burlona, tan cruel á veces y siempre tan justa!...

—Preciso será que vaya,—decia Gabriel. ¿Qué dirá este animal si no voy?.. Que soy un gallina ó que soy un orgulloso...

Y la voz misteriosa le respondia con cierto tonillo irónico.

—En cambio de lo que ese animal diga, tu buena, tu santa madre, dirá que eres un valiente, que eres un buen estudiante.

—Y despues de todo,—proseguia Gabriel haciéndose el sordo, nada malo hay en ir á Tabladas.

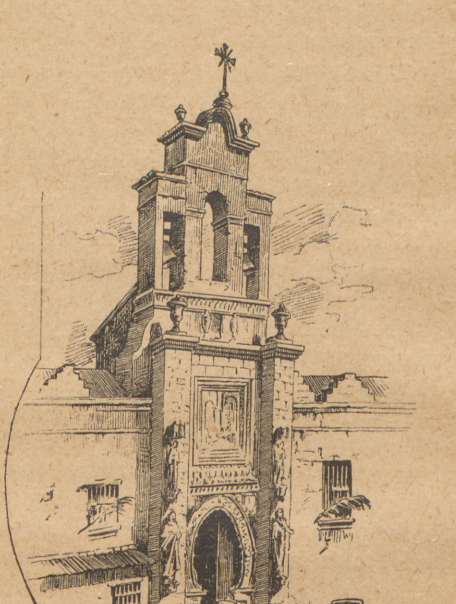
—Nada,—replicaba la voz: absolutamente nada... Pero no irás al mes de María.

—¡Ah! es que el mes de María no es obligatorio, ni mucho ménos... Y por una tarde que falte, ya podré hacerlo luégo en casa, y no pierdo la indulgencia...

Gabriel tenia razon en estricta justicia, y la voz calló: pero calló suspirando.

Dirigiéronse, pues, los dos amigos á la plaza de San Francisco, para tomar un coche de punto que los llevase á Tabladas: la famosa pradera donde se ponen de manifiesto los toros que han de lidiarse, para que desde el dia ántes puedan los aficionados examinarlos á gusto. Gabriel quiso tomar un coche cerrado; pero García prefirió uno abierto, de esos que llaman *victorias*, y el vehículo comenzó á rodar, sonando á hierro viejo, camino del campo de Tabladas, y pasan-

do ántes por la Catedral. Hallábase abierta la gran puerta árabe del patio de los naranjos, y en el fondo se distinguia á la izquierda, en su



retablo, el Ecce-Homo que llaman del Perdon, con su manto de púrpura, su corona de espinas, su caña en la mano, su cabeza baja, humilde, paciente...

Gabriel se llevó la mano al sombrero para descubrirse; pero en el mismo momento soltó García una risotada, y señalándole la colosal estatua de San Pedro que adorna uno de los ángulos de la puerta, comenzó á contarle la conocida patraña de que aquel San Pedro mató á una vieja, dejándole caer las llaves de bronce que tiene en la mano. Gabriel se quedó con la suya en el aire, sin llegar á descubrirse, y sus ojos se cruzaron con los de la imágen, pareciéndole al mismo tiempo que aquellos cárdenos labios le decian como en el Colegio el P. Velasco.

—¡Pilatillo!.. ¡Acuérdate de Pilato!..

III

Desde que el manteo nivelador y el tricornio más ó ménos mugriento desaparecieron de las Universidades, rompióse tambien el lazo que unia á la grey estudiantil, formando de ella un sólo cuerpo y un sólo tipo. Los estudiantes de hoy no tienen otro rasgo comun, que los que pueden infundirles la igualdad de procedencia, de educacion ó de clase: hogaño como antaño forman tambien pandillas; pero pandillas aisladas, independientes entre sí, que reciben su union de alguna de aquellas tres cualidades, y no del tradicional espíritu de compañerismo. A veces el vírus revolucionario de la época une á estos elementos heterogéneos entre las turbas de un motin, ó las firmas de una protesta; pero áun entónces aparecen divididos y aun más alejados que nunca por las opiniones políticas, gér-

men el más fecundo en aferradas antipatías y odios encarnizados. Hay, pues, estudiantes aristócratas, estudiantes modestos y estudiantes perdidos. El estudiante vago, es planta que nace, crece y fructifica sus calabacines, lo mismo en el aristocrático casino, que en el modesto café, que en la innoble taberna.

En el número de los estudiantes perdidos, contábase Blas García: era de aquellos discípulos de Témis, que no pagan á la patrona, que comienzan vendiendo los libros y acaban empeñando la capa: truenos de callejuela, rayos de garito, tempestades de timba, que se creen hombres corridos, y sólo son niños infames. Era paisano de Gabriel, y habia cursado cuatro años en Sevilla sin aprobar más que uno, por *prescripcion*, como afirmaba él mismo. Su padre, modesto mercader en paños, tenia la tienda en el piso bajo de la gran casa solariega de los padres de Gabriel, y de ahí venia el conocimiento de ambos. Acostumbrado sin embargo Blas á mirar á su vecino de abajo arriba, jamas habia tenido con él trato íntimo: mas la ausencia de la patria acorta las distancias y ablanda los corazones, y al encontrarse con su paisano en la calle de las Sierpes, le abrazó con no fingido afecto, dispuesto á constituirse en Mentor de aquel inexperto Telémaco, á tantear el bolsillo de aquel incauto Creso, y á darse tono con aquel amigo ilustre. Porque el estudiante de este jaez, que es siempre demócrata, jamas desperdicia la ocasion de hacer alarde de los empalmes ó amistades que puedan prestarle humos aristocráticos.

Esta era la razon por qué habia escogido Blas un coche abierto; y repantigado en sus raidos almohadones, con ese aire pretencioso, y por ende ridículo, del que hallándose fuera de su lugar quiere aparentar lo contrario, miraba á todas partes como diciendo á los transeuntes:

—¿Pero no me ven VV. con Gabrielito Fonseca, el hijo del mayorazgo, sobrino de tres condes, primo de dos duques y ahijado de un Obispo?..

Por su parte Gabriel, que no obstante su inocencia tenia esos puntos de vanidoso tan comunes en los jóvenes que comienzan á hombrear, hacíase un ovillo en el otro extremo del coche, y volvia el rostro hacia el interior, imaginándose que nadie le miraba porque él no miraba á nadie, á la manera que el avestruz perseguido oculta la cabeza bajo el ala, creyendo que el cazador no lo ve porque él no ve al cazador: extraño punto de contacto, que no es el solo que suele encontrarse entre la dialéctica de los hombres y la de los avestruces. Avergonzábase, pues, Gabriel de su compañero, no tanto por lo que era como por lo que parecia, y comenzaba á encontrarse entre esos dos angustiosos *¿qué dirán?*, que turban y avasallan al infeliz esclavo del respeto humano. ¿Qué diria Blas si se hubiese negado á acompañarle?..¿Qué diria la gente al ver que le acompañaba?..

Mas por desgracia para el uno y por fortuna para el otro, la turba elegante no paseaba todavía sus coches por *La Orilla del Rio*, las Delicias estaban aun desiertas, y los dos amigos atravesaron aquellos sitios en que el uno

queria exhibirse y ocultarse el otro, sin encontrar más que majos á caballo y coches de alquiler atestados de gente de rompe y rasga, que se dirigian al campo de Tabladas, para tomar la corrida del dia siguiente, allá como quien dice, desde el huevo de Leda.

En la curva que forma el Guadalquivir, algo más allá de las Delicias de Arjona, es donde comienzan los campos de Tabladas: verde llanura que fertilizan las aguas del rio, perfuman los naranjos de las no lejanas huertas, y hace célebre la costumbre que arriba mencionamos. Expónense allí desde la víspera los toros que han de lidiarse, hasta que al amanecer, ó por la madrugada, son conducidos á la plaza para *enchiquerarlos*, esto es, encerrarlos en los toriles.

Acuden allí á examinar á los *bichos*, discutir sus cualidades, y pronosticar sus hazañas, los diestros que han de lidiarlos, con su séquito, en que alterna el título de Castilla con el pelon del matadero; los chulos de segundo órden, planetas menores que tampoco carecen de satélites; los triperos, pillos y charranes que forman el estado llano de la *afision;* los personajes *laicos* de la misma, los ganaderos, los elegantes *cruos*, los pinchitos de la Macarena, los galanes de Triana, y todo el tropel de la gente del bronce, amiga de jaleos y de animales de cuatro orejas.

Cuando Gabriel y García llegaron á Tabladas, una muralla de coches, ginetes y peones se extendia formando un gran semicírculo, cuyo diámetro era el rio. En medio, y á respetuosa distancia, se veian rodeados de cabestros y va-

queros de á pié y de á caballo, siete magníficos toros, seis para la corrida, y uno de reserva. Pacian tranquilamente los feroces animales, sin sospechar siquiera que fuese aquella su hora de

Capitolio, ni presumir tampoco que tuviesen tan cerca su roca Tarpeya. A veces engallaba alguno la formidable cabeza erizada de crines, fijaba los feroces ojos en la turba de curiosos, y se azotaba los hijares con la cola.... Entónces el círculo se agrandaba como por encanto, volvíanse los ojos hacia el camino, y no faltaba pinchito de Triana ó héroe de la Macarena que volviese tambien los pies, emprendiéndolo de vuelta por *pruencia* sin duda. Los vaqueros se echaban á reir, y el toro volvia la espalda sin reirse, con

la salvaje majestad de un rey Atila, enviando un mugido de desterrado á sus dehesas lejanas y á sus vacas ausentes, que recordaba *vasto cum gemitu*, como dice Virgilio.

Aquel pintoresco espectáculo encantaba á Gabriel, y de pié en el coche, apoyadas ambas manos en su elegante *róten*, y éste en el asiento, paseaba sus ojos dilatados de las reses á los vaqueros, y de éstos á los curiosos, haciendo sin cesar preguntas á su amigo, que éste se apresuraba á satisfacer con la suficiencia de un maestro, usando un tecnicismo que seguramente no poseia en la noble ciencia del Derecho. Explicábale cuál toro era *berrendo en tinto* y cual en *colorao;* indicábale sin vacilar el que ofrecia por su *trapío* mejores esperanzas para la lidia, y profetizaba cuál habia de resultar en la plaza *bravucon, abanto* ó de *sentío*. Mostróle luégo algunas notabilidades del toreo que por allí se hallaban presentes, con las cuales, segun él decia, tenia amistades íntimas y trataba con gran *satifasion*, en el café de Emperadores, en casa de Silverio y en la tienda de los Andaluces. De repente lanzó García una de sus interjecciones favoritas, y se tiró del coche exclamando:

—¡Jinojo! ¡allí está Desperdicios!... Me lo voy á traer y nos lo llevaremos á Sevilla...

Gabriel hizo un gesto de repugnancia, y quiso detener á García: pero éste le contestó volviendo el rostro á medida que se alejaba corriendo:

—¡Jinojo, hombre, canastos!... Si es Frasquito Muñoz, banderillero del Gordito... Ya verás que *barbian*... No tengas cuidado, hombre, ¡caramba! que es muy llano...

La repugnancia instintiva que el nombre de Desperdicios causó en Gabriel, aminoróse en parte con la noticia de que era el así llamado, uno de aquellos héroes que veia él desde el tendido, atravesar la plaza airosos hasta lo sumo, ligeros como pájaros, cubiertos de oro y seda, entre los aplausos y los gritos de la muchedumbre. Pensó que iba á ver de cerca al héroe, que iba á estrechar su mano, á cruzar con él sus palabras, y—¡Oh poder de la cachucha y la coleta!—su corazon palpitó con violencia, y llegaron casi á excitarse sus nervios.

Algo que recordaba la noble altivez del caballero, algo que se unia al recuerdo de su madre, y despertaba en su alma los ecos del órgano y el perfume del incienso, se sublevó sin embargo tan fuertemente en el pecho de Gabriel, que subyugado por un momento, pensó en marcharse... ¿Pero cómo iba á volver á Sevilla si dejaba el coche, y qué diria Blas si de aquella manera le abandonaba?...

Gabriel se indignó contra lo que él llamaba su timidez y sus escrúpulos, y rechazó la tentacion diciendo:

—¿Pero acaso es pecado grave ni leve, hablar con un torero... ó estrechar una mano porque pone banderillas?...

Volvia en esto García con un hombrecillo de unos treinta años, preso en unos calzones negros tan ajustados que parecian de punto, con faja de lana encarnada, chaquetita corta gris con trencillas negras, sombrero hongo de alas anchas y tendidas con un palito de dientes sujeto en la cinta: traia la cara afeitada, enormes

chuletas en ambas sienes, y coleta hecha trenza que ocultaba bajo el sombrero. En el ángulo izquierdo de la boca sostenia siempre una colilla, y escupia sin cesar por el derecho, con cierto chasquido propio que producia la saliva al pasar por entre sus dientes ralos y sucios. Aquel personaje era Frasquito Muñoz, alias Desperdicios, parte infinitesimal de un Paquiro ó de un Redondo, que muy bien podia ser un pillo de playa, un pelon del matadero, ó un recluta de presidio. Porque léjos de ser, como García habia dicho, uno de esos toreros de rumbo, que van por todas partes derramando garbo y lujo, era uno de esos chulos de tercero ó cuarto órden, caricaturas grotescas de los primeros, que forman en el gremio lo que pudiera llamarse, el género cursi. En el café y en el círculo de admiradores del jaez de García, ponderaba sus hazañas con estupendas mentiras: pero nunca habian pasado sus proezas de presentar las banderillas á los que habian de ponerlas en las corridas formales, sin pisar jamas los medios de la plaza, miéntras el toro no estuviese enganchado: alguna que otra vez ponia en las novilladas un par de rehiletes, clavando uno en el morro y otro en el rabo; y en los pueblecillos, transformado en sobresaliente, cogia el trapo, empuñaba el estoque y embestia á la fiera, hasta que harto el animalito de pinchazos y cansado de vivir, se metia él mismo hierro arriba, resultando suicidio lo que se tenia por asesinato.

García presentó ceremoniosamente el héroe á Gabriel, y éste, colorado como un tomate, se quitó el sombrero, le tendió la mano, y se que-

dó con la boca abierta, por no saber si llamarle Frasquito ó Muñoz, Desperdicios á secas, ó señor de Desperdicios. Este por su parte, se tocó al sombrero, escupió dos veces, y con el señorío de un Paquiro, se subió al coche y se sentó á la derecha, limitándose á decir:

—Para servir á V., amigo...

Gabriel se sentó á su lado, y García se acomodó como pudo en el estrecho asientillo de en frente. El cochero dió la vuelta para regresar á Sevilla, y Desperdicios tomó la palabra para hacer el juicio crítico de los toros, y de las cuadrillas que habian de lidiarlos, hato de vagos, segun él, *toreros bonitos*, que no sabian sino pintar la cigüeña en el café, y tomarle en la plaza asco á las reses.

—Desde que murió Cúchares, decia, la afision se cortó la coleta... ¡Aquel sí que era torero, caramba!... y eso que facurtades no tuvo nunca. (Desperdicios queria decir piernas). Cuando murió en la Habana, la Purga lo vió encuerecito y ni un puntazo tenia... ¡Si á aquel hombre no lo parió mujé, que lo parió una vaca!...

García le escuchaba como á un oráculo, y hacia coro á sus lamentaciones, y Gabriel oia y callaba, porque, ¿qué iba á decir Gabriel?

El coche se detuvo, ya cerrada la noche, á la entrada de la calle de las Sierpes, y los tres echaron mano al bolsillo para pagar al cochero; pero García, por más que ahondaba la mano, nada sacaba, y Desperdicios, despues de buscar arriba y abajo, vió—¡misté que demonche! —que no llevaba *prata suerta*...

Pagó Gabriel por lo tanto al cochero, y quiso

entónces retirarse: pero Desperdicios, que no se dejaba vencer en rumbo, le dió una palmada en el hombro, diciendo:

—¡Camará! ya que ha pagao V. el coche, véngase á tomá café en Emperaores... que acá no vivimo de gorra...

Gabriel rechazó tan delicada oferta, poniéndose colorado; pero Desperdicios volvió á insistir, y García comenzó á instarle; y contra su voluntad y contra su gusto, bajó Gabriel la cabeza aturdido, siguiendo á los dos amigos al café de Emperadores.

Porque, ¿qué hubiera dicho, si no, el señor de Desperdicios?

IV

ENCUÉNTRASE el café de Emperadores en la acera derecha de la calle de las Sierpes, entrando en ella por la Plaza de San Francisco. Era en la época á que nos referimos, un local espacioso, bajo de techo, adornado con un lujo churrigueresco, muy en consonancia con sus habituales parroquianos, gentes todas de medio pelo.

La animacion de los dias de toros comienza en Sevilla desde la víspera, y puede leerse el anuncio de la corrida en todas las fisonomías, sin necesidad de ir á buscarlo en los carteles de las esquinas. Hallábase, por lo tanto, el café de bote en bote, y notábase en la concurrencia esa animacion loca, esa alegría bulliciosa propia de los goces sensuales, tan distinta de la plácida tranquilidad, de la sonrisa, por decirlo así, séria,

que acompaña á los profundos goces del alma.

Gabriel entró en el café renegando de Desperdicios, que con su aire jacarandoso marchaba por entre las mesas, golpeando las blancas baldosas del pavimento con el garrote que llevaba en la mano, y de Blas que se creia en el apogeo de la gloria, al verse entre su ilustre paisano Gabriel, y su célebre amigo Desperdicios. Llamáronlos desde una mesa en que varios estudiantes de la calaña de García se hallaban ya acomodados, y allí tomaron asiento. Presentóles éste á Gabriel como á su amigo íntimo, ponderando por lo bajo sus riquezas, su prosapia y la estrecha amistad que á él le unia con aquella ilustre familia, que le habia confiado el cuidado y direccion de su noble vástago. Los estudiantes acogieron á Gabriel con esa grosera cordialidad que las gentes faltas de delicadeza llaman *trato campechano*, y nuestro héroe, refractario por educacion, por carácter y hasta por temperamento á todo lo bajo y grosero, encontróse allí como gallina en corral ajeno, ruborizándose á cada palabra que le dirigian, y no acertando él á pronunciar ninguna. Por dos ó tres veces habíale García tirado de la levita, diciéndole al oído:

—¡Jinojo, Gabriel!...—espabílate, ¡canastos! y déjate de finuras, que estás entre hombres!...

Esforzábase con esto el pobre Gabriel por ponerse al nivel de sus compañeros, consiguiendo tan sólo hacer más patente la distancia inmensa que los separaba: porque para las gentes de la calaña de García, *finura* significa todo lo que no sea desperezarse, estirar las patas, y echar por la boca en ternos y pestes, toda la podredumbre

del alma. Un incidente vino á agravar la situacion del pobre muchacho: sacó Desperdicios su petaca de cuero llena de tabaco picado, y la hizo correr á la redonda de mano en mano, por el círculo de amigos. Gabriel la pasó á su vecino, diciendo ingénuamente que él no fumaba.

—¿Cómo que no fumas, canastos?—exclamó García, echándole una mirada de basilisco.

Y haciéndole él mismo un cigarro gordo como una morcilla, se lo puso en los labios, asentando esta máxima, digna de cualquier La Rochefoucauld de cortijo.

—¡Jinojo!..—¡El hombre ha de oler á tabaco, y ha de tener partidas de mulo!..

Gabriel se chamuscó las narices al encender, atorósele el humo al chupar, y el cigarro se le deshizo por completo al toser violentamente, cayendo la ceniza encendida en la mano de Desperdicios. Este soltó un taco y dió un respingo, las risas de todos estallaron, y el torero, mirando á Gabriel con enojo, se guardó la petaca en el bolsillo diciendo en voz alta:

—¡Valiente ave-fria!..

Otro apuro más serio esperaba aun á Gabriel: uno de los estudiantes sacó dos fotografías inmundas, que acababa de comprar allí mismo á un vendedor de fósforos y periódicos, que con todo descaro las vendia, y la conversacion tomó entónces un giro tan cínico, tan asqueroso, que Gabriel comprendió al fin que era necesario á todo trance imponer silencio á aquella canalla, ó volver la espalda en el acto. Para lo primero no tuvo valor... y le faltó tambien para lo segundo!...

Bajó los ojos, cerró los oidos, elevó en su interior el corazon á Dios... Pero temió las burlas, temió las risas, quizá las desvergüenzas de aquellos truhanes, y no se movió de su sitio... La conciencia le gritó enérgica, imponente, amenazadora; y Gabriel quiso capitular con la conciencia, diciéndose angustiado.

—¡Luégo, Dios mio!.. ahora no, que van á reirse... ¡Más tarde!.. Cuando no llame la atencion mi despedida...

Aquella lucha de Gabriel no se pasó por alto á los estudiantes, y unos á otros se miraron sonriendo maliciosamente. García acudió en su auxilio, y se puso á hablar de toros con Desperdicios. La fachenda y los embustes del torero atrajeron entónces la atencion general, y Gabriel respiró libremente. Poco á poco fuese animando la conversacion, dividiéndose los interlocutores en dos bandos: uno partidario de Lagartijo, otro de Currito Cúchares, con Desperdicios, su discípulo, al frente.

—¡Rafaé no es más que un torero bonito! —gritaba Desperdicios.

—¡Rafaé es un torero bragao!—gritaba más alto su contrincante. ¿Cuándo le has visto tú á Currito un coleo de diez minutos, como el que hizo Rafaé en Córdoba cuando la cogida de Triguito?..

—¡Esas son pinturas!—replicaba Desperdicios. ¡Como hay que vé al mataó no es guindando del rabo del toro, canastos!.. sino con el estoque en la mano, delante de un bicho picardeao, como me vi yo en Argeciras por San Roque, con un toro de Veraguas... Eso es ser bragao

¡jinojo!.. ¡Tres pases le di y un mete y saca, y er bicho se vino abajo, y la plaza tamié parmoteando!.. ¡Aquello fué la mar!.. Me tiraron sombreros y puros, y pichones, y durces, y levitas, y sillas, y tablones, y...

—¡Y... como ya no habia más que tirar... salió un civí y le tiró un tiro!—le interrumpió socarronamente el partidario de Lagartijo.

Aquella salida cayó como un jarro de agua sobre el vanidoso entusiasmo del torero, provocando risas generales. Irritado Desperdicios volvió á todas partes sus ojillos saltones, y encarándose con el más débil, con Gabriel, que por hacer algo le miraba tambien fingiendo reir á carcajadas, le dijo con un gesto de—*¡ Ya pué V. encendé la vela de la agonía!*

—Diga V. mocito... ¿tengo alguna corria de monos en la cara... ó es que le hago á V. gracia?..

Helóse la risa en los labios de Gabriel, la sangre se le agolpó al rostro, y maquinalmente volvió los ojos en busca de García: pero por desgracia hablaba este á dos pasos de allí con un mozo del café, y el pobre muchacho contestó balbuceando.

—¡Hombre!.. yo...—como todos se reian...

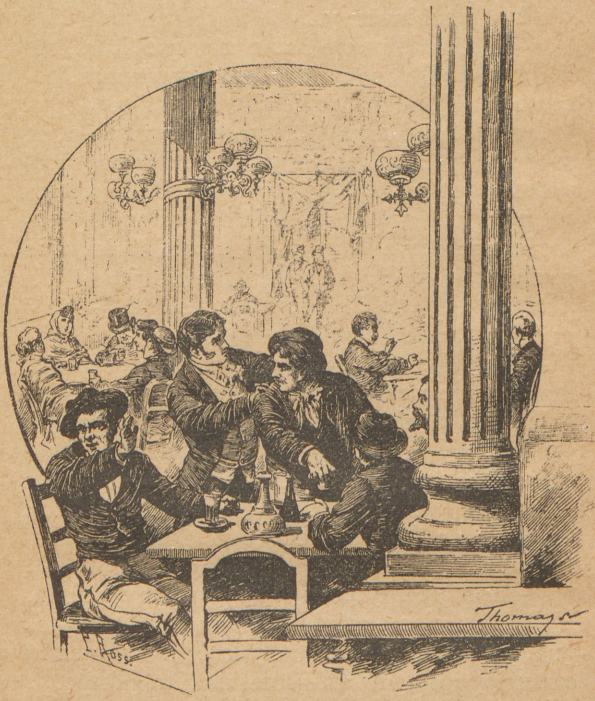
Desperdicios se tiró el sombrero al cogote, puso un codo en la mesa, y la otra mano en la cadera, y mirando á Gabriel de hito en hito, le dijo escupiendo á derecha é izquierda:

—Pues si toos se rien, á mí me da la rear gana de que V. se ponga serio... ¿Estamos, don Guindo?...

La turbacion de Gabriel llegó á su colmo, y sin saber qué contestar ni qué hacerse tampoco,

volvió los ojos suplicantes á su amigo, llamándole angustiado:

—¡García!... ¡García!...



Mas ántes de que este pudiera venir en su auxilio, Desperdicios, cambiando repentinamente de tono y de modales, pasó á Gabriel una mano por la cara, diciendo con voz afeminada y contorsiones grotescas:

—¡Ay Jesú, Maama!... no se asuste V. que se le va á escomponé er miriñaque!...

Gabriel retrocedió bruscamente en la silla en que se hallaba sentado... Púsose pálido como la cera... rojo despues como la grana, y una luz vivísima, luz sin duda del infierno, iluminó de repente su entendimiento... Levantóse de un salto, erguido como una fiera, y arrojó á la cara del torero la taza que tenia delante.

—¡Canalla!—gritó... ¿Qué te has pensado?... ¡Y sus labios... aquellos puros lábios que habian llamado tantas veces *Madre* á María Inmaculada, se mancharon por primera vez con una palabra impura!...

Siguiose entónces un momento de confusion. García acudió en el acto; algunos estudiantes contuvieron á Gabriel, que volvió á caer en su silla echando espumarajos de rabia, y haciendo trizas las copas y las tazas contra el mármol de la mesa... Desperdicios se quedó clavado en el asiento, pálido como un difunto. El cordero se le habia transformado en leon, y el ave-fria le enseñaba garras y pico de águila.

—¡Vamos señó, que too ha sio guasa!—dijo amainando velas, y tendiendo á Gabriel su mano. Pero éste la rechazó de un puñetazo, y siguió lanzando bramidos de furor y enérgicas interjecciones.

—¡Gabriel!... ¡jinojo! ¡eso no es nada! ¡canastos!—gritaba García. ¡Aquí todos somos amigos!... ¡Eh!... ¡mozo!... trae copas, y manzanilla y pasteles... ¡Esto es un disgustillo que se ahoga con vino!... ¡Ea, jinojo! ¡juerga!... ¡juerga y alegría, canastos!...

Poco á poco fuese calmando Gabriel: el mozo trajo una bandeja de pasteles, copas y dos botellas de manzanilla, y todos se esforzaron por desagraviar al ofendido, que se bebió sin pestañear cuantas copas le ofrecieron. Al calor del vino restablecióse la paz: Gabriel sirvió una copa á Desperdicios, y este otra á Gabriel, y todos aplaudieron y todos gritaron estrechándose las manos:

—¡Juerga, jinojo, juerga!—gritó García en el colmo de la dicha... Caballeros, ¿donde se arma la timba?...

Pusiéronse todos á deliberar, y la petaca de Desperdicios dió mientras tanto la vuelta, como entre los Pieles-rojas, el *calumet* del consejo.

—¡En casa de doña Joaquina!—gritó una voz decisiva.

Gabriel preguntó por lo bajo á García, quién era aquella señora. Este titubeó un momento al contestar, y dijo al fin sencillamente:

—Es una viuda que tiene tertulia... Ya verás qué campechana...

—¡Vamos!—gritó Gabriel levantándose el primero, bajo la influencia del vino y de la ira; y arrojando sobre la mesa una moneda de cinco duros, para pagar el gasto, se dirigió hácia la puerta murmurando:

—¡Iré!... ¡iré!... aunque sea una tertulia cursi, aunque tenga que aburrirme toda la noche... ¡Oh! no volverán á tomarme por un mandria, por un...

Y el furor ahogaba las palabras en la garganta de Gabriel, que para acallar sin duda al-

guna voz importuna, se decia á sí mismo, apretando los puños:

—¿Acaso no se puede sin ofender á Dios, tratar con gente de medio pelo?...

La pandilla se puso en marcha, dando empujones á los transeuntes, entrando y saliendo en las tiendas, alborotando las calles con sus gritos, y llamando á los aldabones de las puertas ya cerradas. Llegaron por fin á un callejon sin salida, y detuviéronse ante una casucha de ruin aspecto, cuya tradicional cancela sevillana aparecia cubierta por una cortina sucia, á rayas encarnadas y blancas. La puerta se abrió sin que llamasen: una vieja levantó la cortina, y Gabriel pudo ver detras de ella, varias mujercillas abigarradamente vestidas, que fumaban sentadas en el patio. La vieja tiró de la cancela hácia dentro, y dijo en voz baja:

—¡Adelante, niños!...

Y todos entraron: ¡todos!... Todos ménos el Angel de la guarda de Gabriel, que se quedó á la puerta, cubriéndose el rostro con las alas!...

V

SEVILLA, la graciosa andaluza que se lava en el Guadalquivir y se perfuma con azahares, es una pobre muchacha algo alegre, quizá loca, que no ha podido olvidar todavía que sus padres la criaron piadosa. Aun en los dias en que se marcha á los toros con la saya de medio paso, y el zapatito picado, la mantilla de blondas y la teja de carey, centenares de campanas la despiertan para convidarla á misa ántes de rayar el alba.

¡Qué alegre, qué sonoro resuena el eco de aquel bronce, para quien deja el descanso con la conciencia tranquila, y al escuchar aquel cariñoso *¡ven! ¡ven!*—contesta sonriendo—*¡Voy! ¡Voy!*... ¡Qué solemne, qué augusto, qué lleno de promesas llega á oidos del que se arranca al in-

somnio del pesar enjugándose las lágrimas, para acudir á aquella voz que le dice: *¡Espera! ¡Espera!*.... ¡Qué lúgubre, qué terrible, qué llena de amenazas, resuena en la conciencia manchada del que se tapa los oidos para no oir, y oye, sin embargo, de aquella lengua de bronce. —*¡Teme! ¡Teme!*....

Asi debian de resonar aquellos solemnes acentos en los oidos de tres hombres que, á la lívida luz del crepúsculo, doblaban la esquina de un callejon sin salida, para tomar en silencio el camino de la plaza de toros. Era uno Desperdicios, el segundo era García, el otro era Gabriel... Pero no Gabriel alegre, risueño, con la corbata azul y blanca, colores de la Inmaculada y regalo de su madre; sino Gabriel, pálido, ojeroso, cabizbajo, con las manos en los bolsillos del pantalon, y en alto el cuello de la levita, porque tenia frio en todo su cuerpo; con los ojos apagados, tristes como las aguas de un lago en que el sol no penetra, porque tenia tambien frio en toda su alma.

La pálida luz del crepúsculo comenzaba ya á esparcir sus cadavéricas tintas, sorprendiendo en las desiertas calles á los perros que buscan en los montones de basura su sustento, y á esos seres extraños, de todas edades y sexos, tipos jamas vistos de dia, que en las grandes poblaciones salen por la noche de sus madrigueras, y vuelven á retirarse, como las alimañas del campo, cuando el primer rayo de sol apunta.

No obstante lo temprano de la hora, las buñoleras de la puerta de Triana habian instalado ya sus puestecillos en las avenidas de la plaza de toros, y á la luz de un candil de hierro despachaban los clásicos buñuelos y la copa de anisete, á los numerosos grupos de gente de los arrabales que acudian á la plaza, para presenciar el encierro y lidiar el *toro del aguardiente*. Esta costumbre ordinaria en otras grandes poblaciones de Andalucía, no siempre tiene lugar en Sevilla: acostúmbrase allí por lo comun á efectuar el encierro de los toros á media noche y á puerta cerrada, y suprímese el tradicional toro que llaman del *aguardiente*, por el mucho que se expende y que se bebe durante su lidia, en que puede tomar parte todo el que haya pagado los cuatro cuartos de entrada.

La plaza no presentaba en su interior ese aspecto pintoresco que ofrece el público de las corridas de toros, matizado de colores, rebosando animacion, lujo, gracia, vida y movimiento. Veíase, por el contrario, una muchedumbre de hombres y mujeres de la más abyecta plebe, ocupando todas las localidades, desde la grada hasta el palco, con esa espantosa gri-

tería que resuena tambien por la tarde, pero que era á la sazon aun más soez y más discordante. Centenares de vendedores circulaban por todos lados, con un pequeño vaso sucio y grasiento, y una botija verde de aguardiente, que pregonaban con estas palabras:—*¿Á quién lo meto á torero?*.... Significativa pregunta á que se encargaba de dar respuesta el líquido de la botija, capaz de infundir los alientos de un Paquiro, á todo el que lo llevase á los labios.

Gabriel y sus dos compañeros habíanse acomodado en un asiento de cajon, delante de la barrera misma. Un vendedor de aguardiente pasó por allí con su botija verde, y Desperdicios lo llamó, diciendo á sus amigos:

—¡Ea, caballeros!... ¡vamo á matá er gusaniyo!...

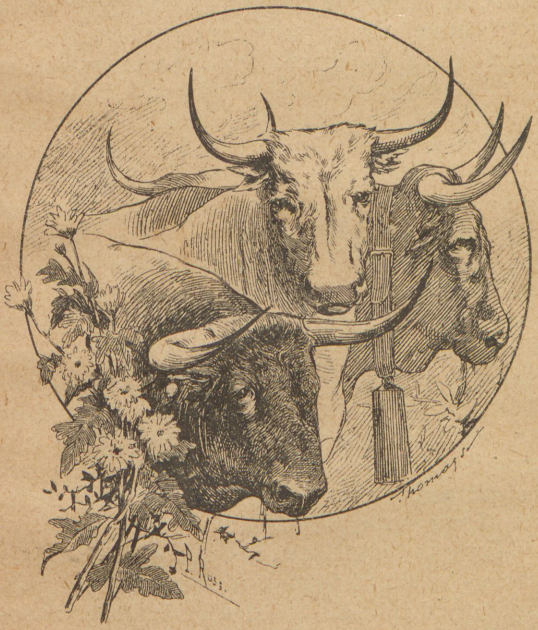
Y como si el *gusanillo* que tuvieran en el estómago fuera una serpiente boa, echóse al colecto cada uno tres de aquellos vasitos, Desperdicios sin alentar, García haciendo figuras, y Gabriel de pronto, con los ojos cerrados, sofocando las violentas náuseas que aquel brebaje le provocaba, como si quisiese sofocar tambien otras violentas ansias que le atormentasen el alma.

En aquel momento los *guindillas* comenzaron á correr de un sitio á otro, al lado de la barrera, haciendo despejar la plaza á toda prisa: abriéronse al mismo tiempo de par en par las dos grandes puertas que colocadas frente á frente dan entrada al redondel, una bajo el palco de la presidencia y otra al lado de los toriles. Un profundo silencio reinó entónces, y to-

das las miradas se dirigieron á la puerta de entrada, bajo el palco del presidente: oyóse primero una gritería lejana; luégo los cencerros de los cabestros que sonaban á distancia, y dos minutos despues se precipitaban en la plaza entre torbellinos de polvo, los siete toros de la corrida, los cabestros que los acompañaban, los vaqueros, picadores y aficionados-caballeros, tipo genuino de Andalucía, que lo mismo se viste un frac que se pone una zamarra y empuña una garrocha. Una algazara infernal de gritos silbidos y golpes dados en las tablas estalló entónces, haciendo á los toros retener asustados su veloz carrera, volver á todas partes los inquietos ojos, arrancar como para desbandarse, ceder al fin á la querencia de los cabestros y á las hondas de los vaqueros, y desaparecer en tropel por la puerta de los toriles, entre los gritos de la muchedumbre y los torbellinos de polvo.

Uno solo, negro como la noche, se desbandó á la entrada misma del corral, y volvió á la plaza, arremetiendo furioso á las chaquetas, trapos y pingajos que con espantosa gritería descolgaba el público desde la barrera: plantóse al fin en medio de la plaza, y revolvió á todas partes sus feroces ojos, con la arrogante cabeza en alto, como pidiendo á la presidencia enemigos dignos de medir con él sus fuerzas. Los vaqueros de á caballo, con sus garrochas en ristre, corrieron entónces á escape, con esa ligereza y gallardía heredada de los árabes, describiendo en torno de la fiera círculos prolongados: llegaron los de á pié, crugiendo sus hondas, y acercaron un cabestro que hacia resonar

acompasadamente su bronco cencerro: entónces el toro, más cuerdo que los hombres, rindióse á aquel emisario de paz, bajó la cabeza, acercóse trotando al manso, y entró pegado á él en los toriles, como un niño travieso conducido á casa por su madre.



Cerróse tras ellos la ancha puerta y una multitud de hombres y de chiquillos comenzaron entónces á descolgarse por todos los lados de la barrera al redondel de la plaza, armados de

capotes viejos de toreo, trapos, prendas de vestir, garrotes y palos usados de banderillas. Sonó un clarin: abrióse la puerta del *chiquero*, y el toro del aguardiente se precipitó en la plaza, arremetiendo á aquella muralla humana que se desbandó por todas partes, cayendo unos aquí, levantándose otros allá, y huyendo la mayor parte sin detenerse un punto, hasta lograr de un solo salto el abrigo salvador de la barrera. Una hora larga duró aquella *orgía tauromáquica*, en que los revolcones alternaban con los cachetes, las obscenidades con las blasfemias, las carreras con los sustos, la barbarie del hombre con la brutalidad de la fiera; hasta que exhausto el pobre animal, viejo ya y no criado para la lidia, replegóse contra la barrera para hacer frente á sus enemigos, que lo acosaban á trancazos y le pinchaban banderillas hasta en el hocico, por el solo placer de hacerle daño... ¡Ah! ¡qué cruel es el hombre, no rey, sino tirano de todos los animales, que se queja si un tigre lo devora, y seria capaz de devorar á todos los tigres, si los cocineros hiciesen chuletas de ellos, ó los empresarios de toros los arrojasen á la plaza con las garras cortadas, ofreciendole en vez de toros, *tigres del aguardiente!...*

Mientras tanto las copas que para *matar el gusanillo* habian tomado nuestros amigos, produjeron en ellos efectos distintos. Desperdicios charlaba hasta por los codos, rebosándole, sobre su fachenda natural, la que el alcohol le inspiraba: García, tumbado en un banco, experimentaba todas las bascas y congojas de una borrachera en regla; y Gabriel, el inocente Ga-

briel, desencajado, fuera de sí, desabrochada la camisa, que dejaba asomar un escapulario azul y una medalla de oro pendiente de una cadena del mismo metal, gritaba y manoteaba con una especie de vértigo, semejante al espantoso *delirium tremens*, que ataca á los encenagados en el vicio de las bebidas alcohólicas.

De repente hostigado el toro por una banderilla que un pinchito de Triana le habia clavado en las ancas, atravesó la plaza, veloz como una flecha, y fué á guarecerse de nuevo en el lienzo de barrera que al asiento de Gabriel correspondia. El presidente hizo una seña, y otro clarin sonó entónces, llamando á los cabestros que habian de llevarse al infeliz animal, librándole al cabo de sus verdugos. Un incidente sobrevino en aquel momento, de esos que con tanta frecuencia acontecen en las plazas de toros, donde toda libertad es permitida, y toda insolencia y desvergüenza encuentra salvo conducto. Tres estudiantes de los que en la noche pasada habian acompañado á nuestros héroes, atisbaron á Desperdicios desde el tendido en que se hallaban, y deseosos de dar un mal rato al enemigo de Lagartijo, comenzaron á gritar golpeando la barandilla con los bastones, no bien aparecieron en la plaza los vaqueros y el cabestro que habian de llevarse al toro.

—¡Que lo mate Desperdicios!... ¡Que lo mate Desperdicios!...

El grito corrió con la rapidez de una chispa eléctrica, y un momento despues toda la plaza gritaba al mismo tiempo, y al son de golpes acompasados.

—¡Que lo mate Desperdicios!... ¡Que lo mate Desperdicios!...

Esta grotesca ovacion exasperó de tal modo al torero, que echando venablos por la boca quiso huir de la plaza, exclamando lleno de rabia:

—¡Que lo maten unas tercianas, jinojo!—Que caiga un rayo y lo parta, canastos!... ¡Pues no fartaba más, sino que Frasquito Muñoz le limpiara er moco á un buey paleto!..

Gabriel gritaba tambien agitando el sombrero, y detuvo á Desperdicios por la chupa: pero este lo rechazó de un empujon, y extendiendo hácia el toro su brazo, que temblaba de ira gritó:

—¡Allí lo tienes entablerao, gallina!... ¡Descabéllalo tú, si es que te atreves!...

—¿Gallina yo?—exclamó Gabriel fuera de sí.

Y con la rapidez de un rayo quitóse la levita y se lanzó de un salto á la arena. García quiso detenerlo; pero logró tan sólo cogerle por el sombrero, y éste se le quedó en la mano.

Arrojóse entónces tras él haciendo eses: pero ya era tarde. Gabriel estaba delante del toro, y con la levita en alto, dió una patada en la

arena citándolo... El animal bajó la cabeza, dejando ver su lengua ensangrentada: reculó contra la barrera escarbando con la pezuña, movió las orejas, y arrancó de un golpe...

Un grito terrible, uno de esos gritos que parecen salir de millares de pechos por una sola boca, resonó entónces en la plaza.

Vióse á Gabriel voltear por el aire, y caer luégo en tierra boca abajo, con los brazos abiertos, pesado, inerte como un saco de arena...

VI

Gabriel abrió los ojos y encontróse en una estrecha cama, pobre pero limpia. Una cortina blanca se extendia por la derecha, otra igual por la izquierda, y una tercera cubria el frente, encerrándolo como en un ataud de lienzo. Gabriel miró hácia de tras, y vió sobre la pared desnuda una cruz negra de palo, colgada á la cabecera, y por debajo una tablita en que con caractéres tambien negros se veia escrito el número 33. Parecióle entónces que tras la cortina de la derecha oia una

respiracion fatigosa, y tras de la izquierda, de cuando en cuando, una tos cascarrienta. El movimiento de Gabriel al volver la cabeza, hizo crugir la cama: levantóse suavemente á este rumor la cortina del centro, y sus ojos atónitos vieron aparecer á una Hermana de la Caridad. La cabeza de Gabriel retrocedia en la almohada á medida que adelantaba la Hermana, como si tuviese ante sí una aparicion del otro mundo.

—¿Qué tal?—le preguntó la religiosa afectuosamente, inclinándose sobre el lecho.

—¿Pero dónde estoy?—murmuró Gabriel espantado.

La Hermana le miró con una profunda expresion de lástima, y contestó con dulzura:

—En la casa de Dios, hermano.

Incorporóse Gabriel bruscamente en el lecho, y cogiendo á la religiosa por una manga, dijo con los ojos desencajados:

—¿En el Hospital?!!...

—Pues no le digo que en la casa de Dios, hermano?—replicó la Hermana apartándose suavemente.

—¡En el Hospital estoy!... ¡En el Hospital! —exclamó Gabriel aterrado; y la vergüenza y el horror le desvanecieron de nuevo.

Gabriel se hallaba en efecto en el Hospital, donde le habian conducido en una camilla, sin poder identificar su persona: Desperdicios habia desaparecido, y García, borracho como una cuba, no se dió cuenta exacta del suceso, y al verse solo en la plaza, acabó por tumbarse en un tendido, donde le encontraron roncando á la hora de los toros. Al llegar al Hospital, Gabriel

permanecia aun sin conocimiento: un médico le reconoció cuidadosamente, y volvió al fin la espalda diciendo:

—¡Bah!... Aguardiente y un porrazo: que duerma la mona con calma, y quede en observacion por si el susto trae cola.

La finura de las ropas de Gabriel, la pulcritud de sus manos, y la distincion que, no obstante su estado lamentable se observaba en toda su persona, revelaban bien á las claras que no pertenecia á la clase de gentes que pueblan los hospitales. Acostáronle, sin embargo, en una sala comun, y una Hermana, la que hemos visto acudir á su primer movimiento, quedó á su cuidado.

Al desvanecerse de nuevo Gabriel, la Hermana le aplicó á la nariz un tarrito de éter. Entónces abrió los ojos, y tornó á cerrarlos de nuevo, lanzando un profundo suspiro:

—¡Animo!—le dijo la religiosa: eso no es nada...

Gabriel guardó silencio y permaneció largo rato con los ojos cerrados, inmóvil y pálido como un cadáver. De repente abrió sus hermosos ojos llenos de lágrimas, y dijo con voz temblorosa:

—Hermana... ¿me voy á morir?...

—¡No, hermano mio!—exclamó la religiosa conmovida. ¡Si no es nada!... Un susto y nada más... El médico ha mandado tan solo un par de dias de observacion y reposo completo...

Gabriel volvió á cerrar los ojos, y dos anchos lagrimones se deslizaron por sus mejillas, cayendo lentamente en la almohada: vióle la Her-

mana mover los lábios como si orase, y apretar contra su pecho por debajo de la cubierta de la cama, algo que ella no veia. La Hermana, creyéndole al fin tranquilo, se alejó de puntillas, dejándolo solo... ¡Solo en la cama de un hospital!... ¡Solo con su inocencia perdida!...

Entónces sacó Gabriel de debajo de la cubierta la medalla de oro que llevaba al cuello, y comenzó á besarla sollozando. Era la medalla de su primera comunion, mandada acuñar expresamente por su madre. Por un lado tenia la imágen de la Inmaculada: por otro la fecha, *8 de Diciembre*, y esta inscripcion: *Monstra te esse matrem* (1).

—*¡Monstra te esse matrem!*—exclamó Gabriel anegándola en lágrimas; y los sollozos, los amargos sollozos del arrepentimiento, á que el perdon concedido presta despues dulzura tan inefable, embargaron su garganta, dejando escapar tan solo, cual saetas de dolor que del corazon le brotasen, agudos y prolongados ¡ay!...

Dos horas duró aquella congoja, en que mil veces distintas creyó volverse loco... Dios ofendido... Su madre desolada... deshonrado su nombre... eran las tres ideas que su imaginacion confundia y barajaba en torbellino espantoso, uniendo lo verdadero á lo imaginario, lo cierto á lo temido, lo humillante á lo terrible, para aplanar por completo su corazon, como si aquellas tres grandes barreras del alma, Dios, la familia, el honor, se derrumbasen sobre él, sepultando toda idea de consuelo, todo asomo de es-

(1) Muestra que eres Madre.

peranza, entre los escombros del pecado, la ingratitud y la ignominia... La racha impía de la desesperacion soplaba entónces sobre su alma, árida, abrasadora como el simum del desierto, inspirándole diabólicas ideas que el pobre niño rechazaba, oprimiendo aterrado la medalla de la Vírgen, con la angustia del que se ve caer, se siente derrumbar, y no quiere despeñarse!...

—*¡Monstra te esse matrem!*—exclamaba: *¡Monstra te esse matrem!*

Sucede á veces, en esas grandes tempestades del corazon, que la imaginacion encrespa y acrecienta cual una maléfica Nereida, que un incidente ordinario, una observacion sencilla, quizá una pena distinta, bastan para imprimir otro curso á las ideas y otro rumbo al sentimiento, echando por tierra los sombríos castillos que habia levantado aquella loca enemiga de la razon, que tanto atormenta al hombre.

Un ruido de pasos y de voces produjo en Gabriel este efecto. Acercábase poco á poco aquel rumor, y deteníase con frecuencia por breves intervalos; oyólo al fin á dos pasos de su cama, detras de la cortina, y un solo sentimiento predominó entónces en Gabriel, ahogando todos los otros que atormentaban su alma. ¡La vergüenza!... Ocultó el rostro en la almohada y cubrióse la cabeza con la sábana, sin osar menearse. La cortina se descorrió al fin, presentándose el médico acompañado de la Hermana y un practicante, para hacer su visita ordinaria.

¡Esta fué la gran expiacion de Gabriel!... El *qué dirán*, vano fantasma del cobarde respeto

humano, que paso á paso le habia precipitado en el triste lecho de un hospital, se presentó en aquel momento ante sus ojos como un castigo, revistiendo colores tan formidables, matices tan ignominiosos, que el infeliz Gabriel sintió que

subian á su rostro los tintes más rojos de la vergüenza, y angustiaban su corazon los desfallecimientos más amargos de la congoja. Quedóse encogido en el lecho, sin osar rebullirse ni aun alentar, esperando que pasarian de largo, creyéndole dormido.

Pero el médico se acercó al lecho y levantó el embozo, y el rostro de Gabriel apareció entónces amoratado, confundido, bajos los ojos que dejaban escapar hilos de lágrimas, imágen viva de la confusion que debió de retratar el

semblante de nuestros primeros padres, al ver sorprendida su culpa. Compadecido el médico le dirigió con bondad algunas preguntas acerca de su estado, y Gabriel, sin levantar los ojos, contestó con monosílabos. Entónces el practicante le preguntó su nombre y su domicilio, para apuntarlo en el registro. Esta pregunta inesperada aterró á Gabriel: cruzó sus manos suplicantes, y con la mayor afliccion pidió llorando desconsolado, que le perdonasen aquella formalidad, que le dejasen morir solo y en un rincon, ántes que deshonrar su nombre, apuntándolo en el registro de un hospital, á que no le habia traido la pobreza, sino su locura y su propia miseria.

Enternecido el médico al oirle, púsole una mano en la frente, y apartando cariñosamente los rubios bucles que la cubrian, le dijo con ternura:

—Bien amiguito: no es necesario... Animo y juicio... que si pasa V. la noche tranquilo, y no siente molestia ninguna interna, mañana podrá dormir en su casa.

Gabriel besó espontáneamente aquella mano que le acariciaba, y conmovidos los tres circunstantes se alejaron al fin, dejando la cortina cuidadosamente corrida.

¡Ah! ¡Cuán claro vió entónces Gabriel, á la viva luz del cielo que la humillacion trae consigo, el culpable desprecio de Dios, el insensato temor del mundo, la ciega falta de sentido comun que encierra el respeto humano! ¡Cuán prudentes y paternales le parecieron entónces aquellas amonestaciones del P. Velasco, y cuán

previsor aquel dicho que tanto irritaba su soberbia.—¡Pilatillo... acuérdate de Pilato!... Porque como Pilato y peor que Pilato, habia él vendido á Cristo, no por temor á un pueblo irritado ni á las iras de un César, sino por miedo á las burlas,—¡qué vergüenza!—de un mozalbete perdido y de un canalla truhanesco... Y por huir de la chacota grosera de aquellos entes despreciables, habíase expuesto ya al justo desprecio de las almas honradas, que le veian en el abyecto lecho de un hospital, y le esperaban todavía—¡qué dolor!—las amargas reconvenciones de su madre, y las justas censuras de todos los que tuviesen noticia de aquel episodio, terrible á la vez que ridículo, culpable al mismo tiempo que ignominioso!...

—¡Qué ceguera!—exclamaba Gabriel llevándose ambas manos á la frente. ¡Qué insensatez la mia!... Jamas podrán convenir entre sí las opiniones de los hombres, porque la pasion es la regla de sus juicios, y las pasiones son distintas en todos ellos... Y en la imposibilidad de agradar á todos, ¿no es una locura ciega, una estupidez insensata, preferir el aplauso de los malos, á la aprobacion de los buenos? ¿Merecer el justo desprecio del mundo sensato como mi madre, por evitar las burlas injustas del mundo canalla como García?... ¿Qué hubiera dicho aquel perdido?!!... ¿Y qué dirá esa Hermana tan santa, qué dirá ese médico tan bueno, qué dirá mi madre... ¡mi madre de mi alma, cuando se le rompa el corazon al saber la vergüenza y la ignominia de su pobre hijo?!!...

Y aqui interrumpian de nuevo los sollozos á

Gabriel, hasta que con nueva exaltacion santa y sensata, proseguia diciendo:

—¡Qué mezquina maldad, qué ridícula infamia, pecar por respeto humano!... ¡Pecar, no por el placer de un goce prohibido, ni por el logro de un interés vedado, sino por el temor de una risa burlona! ¡Atreverse á desafiar las iras de un Dios por no osar hacer frente á las risas de los hombres!... ¡Como si las risas de los hombres no fuesen la prenda más segura de la aprobacion del cielo! ¡Como si en el momento en que el mundo reprueba al justo, no perteneciese ya por entero á Jesucristo!...

Estas reflexiones fortalecian el ánimo de Gabriel, haciéndole sacar de la amarga raiz de la culpa el fruto sabroso de la enmienda, y llevándole suavemente á impulsos de la gracia, en busca del remedio de su daño. Entónces se volvieron sus ojos naturalmente, á aquellos buenos religiosos que habian custodiado su inocencia, que le habian profetizado su caida, y le habian enseñado con prevision amorosa los medios de levantarse. Los Jesuitas tenian en Sevilla un Colegio: pero Gabriel jamas habia estado en él, é ignoraba si residia allí algun Padre conocido.

—¿Y qué importa?—se decia cada vez más animado. ¿Acaso los Jesuitas no tienen á gala poseer todos un mismo corazon y un mismo pensamiento?... Cualquiera me recibirá en sus brazos con amor, y me guiará con prudencia... Cualquiera me reconciliará con mi Dios y me ayudará á consolar á mi madre... ¡Madre, madre!... ¡pobre madre mia!... ¡Cuánto va á sufrir!...

Y el pobre niño seguia llorando: llorando en la soledad; pero á la vista ya del remedio, y con el corazon abierto á la esperanza... El sueño y el cansancio le rindieron al fin, poco ántes de rayar el alba; y cuando la Hermana fué á hacer su primera ronda y en silencio descorrió la cortina, encontróle dormido aún, con la medalla de la Inmaculada en la mano, dos grandes lágrimas en los ojos y una leve sonrisa en los labios...

VII

GABRIEL no salió del Hospital hasta despues de puesto el sol, porque sentia esa imperiosa necesidad de ocultarse, que obliga al culpable á esconderse en las tinieblas, temeroso de que le adivinen sus remordimientos.

Con rápido paso alejóse del Hospital en que habia comenzado á expiar su culpa, para dirigirse al Colegio, donde esperaba borrarla. Mas á medida que adelantaba, hacíanse sus pa-

sos, sin saber por qué, más tardos, desfallecian sus alientos, y mil dudas y mil temores invadian su ánimo, produciéndole cierta inquietud, cierta aridez amarga que secaba sus buenos propósitos, como la arena del desierto la sávia de una planta... ¡Qué artero es el espíritu de tinieblas, y con cuánta traidora astucia suele tender á la inconstancia y debilidad humana, la más pérfida de sus redes; la demora del buen propósito, el *más tarde será*, el *mañana lo haré*, que va siempre á despeñarse en el abismo sin fondo del *nunca!*...

Ya no le parecia á Gabriel necesario, ni aun juzgaba siquiera prudente, confiarse sin necesidad á un Padre desconocido: ya creia fácil disculpar en su casa con cualquier pretexto aquella larga ausencia; inquirir si habia llegado á oidos de su madre la aventura, y confesarse luégo, más tarde, cuando encontrase á un sacerdote desconocido, á quien no tuviese que revelar su nombre. ¡Habia tantos en Sevilla y le seria tan fácil encontrarlo!... Ademas, pensaba Gabriel, deteniendo cada vez más el paso, es ya tarde... El Colegio estará cerrado, y seria una imprudencia incomodar á estas horas.

Esta esperanza sedujo á Gabriel por completo, porque veia en ella una manera de conciliar el impulso interior que le arrastraba al Colegio, con la repugnancia á ir allá, que, á medida que se acercaba, sentia con más fuerza. Un carro atravesado en la calle le sirvió de pretexto para tomar por otra que alargaba el camino; dos mujeres que reñian le *obligaron* á pararse un buen rato hasta ver en lo que paraba la riña;

y á pesar de todo, encontróse más pronto de lo que era su pensamiento y tambien su deseo, á la puerta del Colegio. Hallábase ésta abierta de par en par, y un mozo de cordel, cargado de equipajes, enderezaba contra la esquina su pe-

sada carga. Los pies de Gabriel se torcieron sin saber cómo, y en vez de entrar en el zaguan, pasó de largo: mas en el mismo momento uno de esos episodios tan comunes en las estrechas calles de Sevilla, le obligó á retroceder y á refugiarse en el portal, para no ser atropellado. Un

coche desembocaba por el extremo de la calle, el burro de un aguador venia por el otro, y ambos cogieron en medio al mozo de los equipajes, formando con los transeuntes un compacto remolino, de que salian los gritos del cochero, las voces del aguador, y las imprecaciones del mozo. Gabriel acechaba impaciente la ocasion de poner el pié en la calle, cuando un anciano asomó por la puerta del Colegio, atraido por el ruido, y al ver á Gabriel exclamó alborozado:

—¡Gabrielito!... ¡Gracias á Dios que lo vemos por acá!... Su mamá de V. le habia anunciado al P. Rector su visita, y le estábamos esperando... Éntre, éntre V., que le voy á avisar corriendo...

—¡No, no, Hermano Bernardo!—exclamó Gabriel, turbado hasta lo sumo. Es ya tarde, y seria incomodarle...

—¿Qué ha de ser tarde, si aun no han dado las ocho?... Estará en la Capilla con los niños, haciendo el mes de María... Éntre V., D. Gabriel, que voy á llamarlo corriendo...

Y el buen Hermano Bernardo, que habia conocido á Gabriel en el otro Colegio, y desempeñaba á la sazon en aquel el oficio de portero, le arrastró mal de su grado á la sala de visitas.

Gabriel se sentó confuso, indeciso, sin saber qué partido tomar: latíale violentamente el corazon á cualquier ruido, y aquella aridez, aquella sequedad crecia y subia en su alma, ahogando por completo sus propósitos de ántes... Ocurriósele entónces hacer al P. Rector una visita de mero cumplido, y despedirse lo más pronto que le fuera posible.

—Es lo mejor,—se dijo al fin decidido: quizá mi madre no sepa nada, y pueda quedar todo oculto... Y en cuanto á confesarme... ya lo haré más tarde... otro dia...

El P. Rector tardaba, y aquella espera se le iba haciendo á Gabriel insoportable. De repente llegaron á sus oidos los ecos de una orquesta lejana, que preludiaba el andante de un cántico á la Vírgen... Las fibras todas de Gabriel se estremecieron al oir los primeros acordes, y su alma entera pareció acudir á sus ojos, como atraida por aquellos dulces acentos. La orquesta repitió los primeros compases, y la sequedad, la angustia de Gabriel retrocedió paso á paso en su alma, como se rasgan poco á poco las oscuras tinieblas de la noche, al apuntar la primera luz del alba. Varias voces de niños, puras, argentinas, unidas como diversos rayos de luz en un mismo reflejo, cantaron entónces:

Venid y vamos todos
Con flores á porfía;
Con flores á María,
Que madre nuestra es...

—¡Que madre nuestra es!—repitió Gabriel en voz baja; y un sollozo repentino subió á sus labios, mientras sus manos se levantaban hasta el pecho, porque el corazon se le dilataba dentro, como si amenazara romperse. Otra voz sola, más pura y vibrante que las anteriores, cantó entónces con la dulzura de la piedad modulada por la inocencia.

Tu poderosa mano
Defiéndanos, Señora;
Y siempre y desde ahora
A nuestro lado estes...

Gabriel no pudo resistir más... Su angustia se deshizo en lágrimas, como de repente las tormentas se deshacen en lluvias, y cubriéndose el rostro con las manos, se dejó caer en la banqueta en que se hallaba sentado... ¡Aquel era el cántico de las *Flores de Mayo*, que tantas veces habia repetido él ante la Vírgen en sus tiempos de Colegio, en los dias de su infancia, en la época de su inocencia!... Sus labios quisieron repetir entre sollozos aquellas dulces palabras; pero temió su lengua profanarlas, y permaneció muda... Los niños repetian sin embargo, como si la inocencia invitase al arrepentimiento á unir con ella sus voces.—*¡Venid y vamos todos... Que Madre nuestra es!..*

—¡Qué Madre nuestra es!—repitió al fin Gabriel derramando un raudal de lágrimas, y golpeándose el pecho con ambas manos.

—¡Qué madre tuya es!—repitió otra voz á su espalda;—y ántes de que Gabriel pudiera incorporarse, el P. Velasco le echaba los brazos al cuello, diciéndole con íntimo afecto:

—¡Hijo!... ¡Hijo mio!...

—¡Oh!... ¡no me llame V. hijo!—exclamó Gabriel, escondiendo el rostro avergonzado, en aquel pecho que tan paternalmente le oprimia.

—¡Del corazon, hijo mio!... ¡Del Corazon de mi corazon, que es Jesucristo!—replicó el P. Velasco, arrastrándole suavemente á un gabinete

próximo, y sentándose junto á él sin dejar de abrazarle.

—¡Llora, Gabriel!—le dijo entónces; llora, hijo mio, que aqui estoy yo para enjugar tus lágrimas...

¡Gabriel lloró!... lloró sin medida, sin tasa, como llora el arrepentimiento para lavar las culpas; como llora la contricion para purificar las almas... ¡Pero con qué consuelo tan hondo lloró sobre aquel pecho amigo! ¡Con qué

dulzura tan santa corrieron junto á él sus lágrimas!...

—¿Y qué me hago ahora, Padre?—preguntó al fin con voz ahogada, despues que hubo referido al religioso todas sus desdichas, sin callar ningun accidente, sin omitir la menor circunstancia.

—¿Qué te haces, ahora?—replicó el P. Velàsco. Lo que hizo San Pedro... *Flevit amare;* lloró amargamente... Tres veces negó él á Cristo por flaqueza, como tú lo has hecho; por respeto humano, como á ti te ha sucedido... ¿Y sabes el castigo que le impuso su divino Maestro?... Pues no le dió ninguna reprension; no le hizo ningun reproche. Por toda pena le impuso... la gloria de confesar su amor otras tres veces... ¡Tambien lo has negado tú pecando, Gabriel!... Confiésalo de nuevo públicamente... Mañana termina el mes de María, y celebramos en la Capilla la comunion general de los Congregantes... Tú me ayudarás la misa, y con el escapulario de la Inmaculada al cuello, recibirás la Comunion al frente de todos...

Gabriel cruzó las manos y bajó la cabeza, como si el peso de tanta bondad le abrumase.

—¿Te parece duro el castigo, hijo mio?

—¡Oh Padre... Padre!—exclamó Gabriel sollozando.

—Pues bien, hijo del alma... Ya no hay que pensar más en lo pasado, sino para sacar experiencia y aprovechar la enseñanza... Y ahora, añadió levantándose, á descansar y á prepararse para la cena, que ya tienes dispuesto el cuarto.

—¿Pero me esperaba V. acaso?—preguntó Gabriel sorprendido.

—Sí,—replicó el P. Velasco. Te esperaba á ti, y espero tambien á otros... De estas casas, hijo mio, salen muchos hijos pródigos... Por eso está siempre abierta la puerta, para que no tengan que aguardar cuando llamen á ella... Lo triste, Gabriel, lo triste, hijo mio, es... que muchos no llaman nunca!...

Entónces se atrevió á decir Gabriel tímidamente.

—¿Y mi madre?...

—Tu madre,—replicó el P. Velasco, no será más severa que lo ha sido Cristo, y corre de mi cuenta arreglar con ella este negocio... ¿Cuándo le escribiste por última vez?

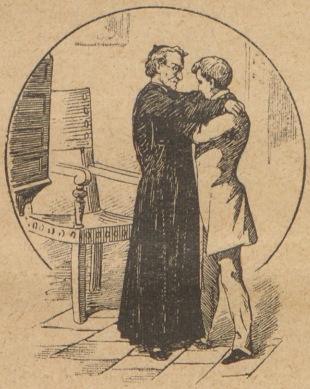
—El mismo dia en que empezaron mis desdichas.

—Es probable que no sepa nada, y ya procuraremos que no lo sepa nunca... Nadie te conoce: García ignora las señas de tu habitacion en Sevilla, y por la cuenta que le tiene sabrá callarse... Con que á cenar, Gabriel; que voy yo á arreglar tus asuntos.

Y llamando á otro Padre para que le acompañase, el P. Velasco se puso el sombrero y el manteo, y se encaminó derecho á la casa de huéspedes. Media hora despues estaba de vuelta, y entregaba á Gabriel una carta de su madre, escrita la víspera: la buena señora escribia perfectamente tranquila, y encargaba á su hijo que hiciese una visita al P. Velasco, nombrado en aquellos mismos dias Rector del Colegio.

—¡Magnífico!—exclamó éste al terminar Ga-

briel su lectura. Con esto y una cartita mia, estamos ya fuera de compromiso... Y gracias que la buena de tu patrona no ha dado con todo al traste: porque alarmada con tu desaparicion, se disponia ya á dar parte á la policía, y á escribir á tu madre... Felizmente llegué yo á tiempo, y pude sosegarla.



Gabriel estrechó la mano del Padre, y la llevó con vehemencia á sus labios. Este se puso en pié para retirarse, y dijo con cierto tono especial, tendiéndole los brazos:

—¡Con que... *Periquillo!... Acuérdate de San Pedro!...*

Gabriel se arrojó en ellos sollozando.

VIII

Al dia siguiente se celebraba en el Colegio la fiesta del *Amor hermoso*: Gabriel confesó por la mañana con el P. Velasco, y con el escapulario de la Inmaculada al cuello, comulgó ántes que todos en la Misa de los niños. Despues de comer se despidió de los Padres para volver á su casa: el P. Velasco le acompañó hasta la puerta, y como la última vez que le despidió en el Colegio, le entregó una gran fotografía encerrada en un sobre.

Representaba á San Pedro en el átrio de Caifás, y la misma mano que escribió entónces por debajo de Pilato—*Ecce homo*—habia escrito esta vez por debajo de San Pedro.—*Flevit amare*.

Gabriel la conserva en un magnífico marco: piensa legarla á sus hijos, y segun nos ha asegurado él mismo, siempre que la mira, llora... dulcemente...